



**Francis Mestries**

**DESTELLOS EN LA BOVEDA**

Musgo de los siglos

Reloj de piedra

Rosa del desierto

Oleo de finas arquitecturas de silicio desmoronándose  
que dibujan cabos y peñascos entre mares de olvido y  
desiertos de sueño.

Tu cantera se corroe para dejar sólo la trama, el trazo,  
muñones, nostalgias,  
como se oxidan nuestros tejidos con los años, como va  
royendo por dentro el cáncer.

Ciudad-escenario

de fachadas maquilladas

que ocultan enmohecidas glorias

pero no disipan tus enjambres de moscas.

Ciudad-esfinge

senda de sombras y vientos

custodiada por ancianos color tierra

surgidos de un viejo corrido

o de estampas de Casasola.

Por tus calles remonto el túnel del tiempo,

ciudad mora,

hasta mis años de pantalones cortos;

me recobras la memoria arrancada a hachazos

por los sucesivos exilios:

tienes aromas de odalisca y ecos de muezzin

entre minaretes y cúpulas;

olores a haschich y hierbabuena

trae la tarde desde tus crispados cerros.

Sigo los burritos de los aguadores de anchos sombreros

entre los nopales del Charf,

me deslumbra la campana de la fuente

exhalando sus notas de luz

en la oscuridad del callejón, pasadizo de kasbah;  
pordioseros y vendedores de tunas se escurren por el viejo  
soco

y la misma espera más allá del tiempo vacía los rostros  
impasibles

en las bancas de la plaza.

Ciudadela que erige catedrales

contra los vientos de las estepas y el miasma de los

/socavones,

te levantas como esta ciudad amurallada

donde el desierto estrella sus oleadas de dunas.

Adormidera

que el crepúsculo prende toda de fulgores cobrizos

como si un fuego dormido brotase de sus entrañas:

su tristeza arisca de pronto se vuelve dulce

/abandono.

Unos acordes de guitarra mecen el silencio de San

/Francisco

mientras la nopalera asoma la cabeza por el rosetón

y las palomas anidan en la selva de acanto,

de racimos y ángeles regordetes:

la fuente de repente chorrea leche y miel.

Allá en los huizachales,

perseguidos por los remolinos del siroco,

tus hijos-sarmientos excavan otros surcos,

pisando las huellas de sus padres y del viejo Margil

en los caminos del norte,

rumbo a otro San Francisco;

aves migratorias tras los espejismos de la tierra pródiga,

carnales del eterno rodar,

¿quién será el próximo en caer, el ala trizada por la bala

y el cuello tendido hacia su ranchito, ancla de su nube?